

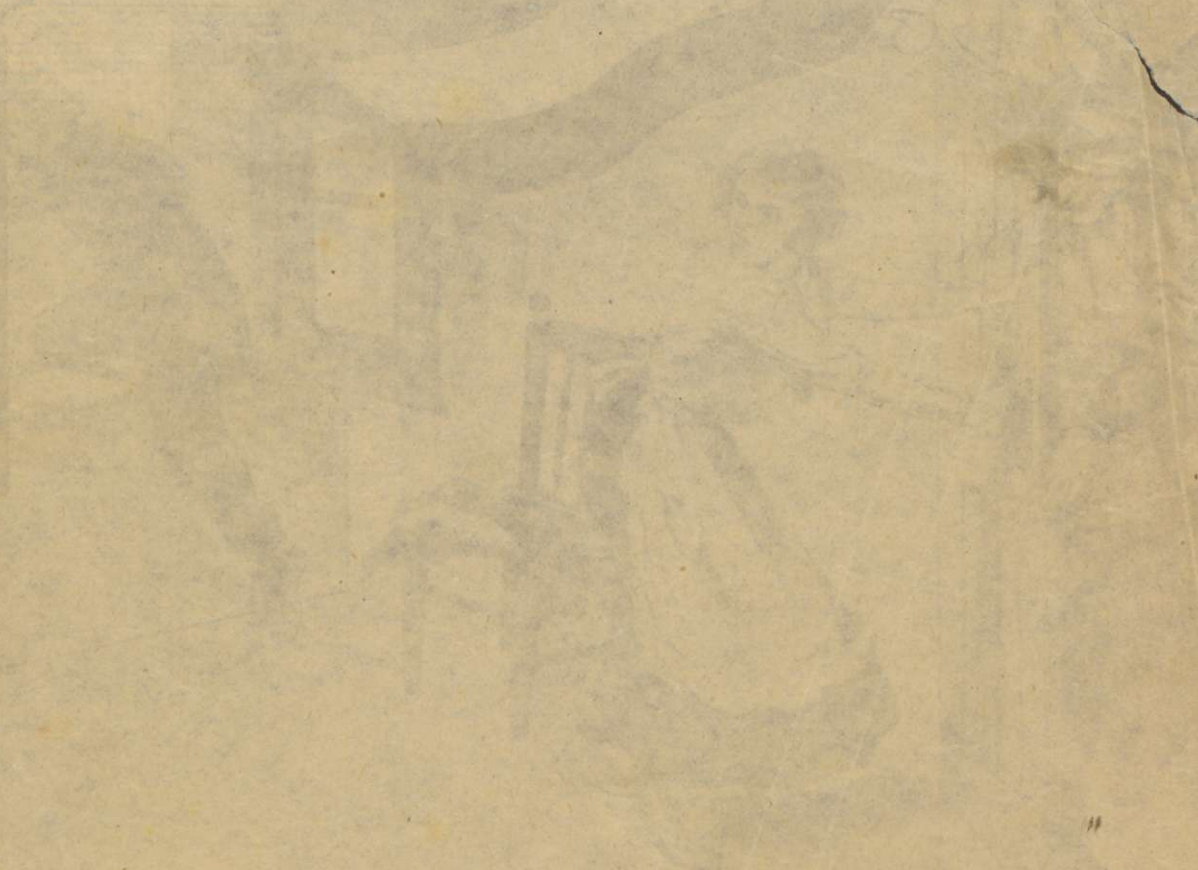
AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA
BAJO LAS GARRAS
DEL DESPOTISMO



REVISTA Y TEMPERAMENTOS
REPUBLICANAS

ESTADO DE LA UNIÓN FEDERAL DE ESTADOS UNIDOS
DE AMÉRICA





CAPITULO XXIII

UNA PAUSA FELIZ

I: EL PRESUNTO REO.—II: OFRECIMIENTO GENEROSO.—III: EN LOS CAMPOS DE BATALLA.—IV: CARTA DE ESPAÑA.

I

EL PRESUNTO REO

—¡Huye, hijo! ¡Huye!

—¿Huir?... ¿Por qué?... De nada tengo que acusarme. Murió porque debía morir, porque Dios, ese Dios que es nuestra propia conciencia, que nos acusa y que nos castiga, lo ha muerto.

—Pero no hay pruebas, Pedro. Te prenderán, ese hombre era poderoso y nosotros...

—Nosotros, madre, tenemos la riqueza de ser los explotados, las víctimas de estas hienas lobos vestidos de hombre que siempre se aprovecharon de la juventud y de la sangre de los humildes. No temas nada, mis manos no lo tocarán y de nada podrán culparme... Además, ¡me defenderé si es preciso!

—¡Calla! Ya vienen. Le han oído caer. ¡Dios mío!

Y coincidiendo con aquella angustiosa exclamación, abrió la puerta de la estancia, donde tuvo lugar la trágica escena y dos criados del fallecido duque de Albaida, aparecieron en el umbral.

La intensa palidez que cubría el rostro de Gonzalo delataba, sin la menor duda, lo sucedido y, por si aquello no fuera bastante, la expresión de terror, de supremo espanto que podía leerse en las pupilas de Carmen, confirmaban plenamente el suceso.

Uno de los criados encaróse con Pedro que, en actitud de una serenidad absoluta, hallábase junto a su madre. Había posado su brazo derecho sobre el cuello de la espantada mujer, queriendo acaso protegerla contra un probable e inmediato peligro.

—¿Fuiste tú?—interrogó el fámulo.

—¡No! Si yo lo hubiera muerto, no lo negaría. Demasiado cobarde y cruel fué durante su vida para que el desquite lógico y humano no pudiera justificarse, pero ¡no he sido yo!

—¡Entonces!...

—¡Lo mató su propia cobardía!

—¡Palabras! Nadie se muere porque sí. El juez entiende mucho de estas cosas, y ya se ocupará de esclarecer los hechos.

—¡Por mí!... La única que pudiera revelarle la verdad es la conciencia de este hombre y está demasiado alta para descender a la justicia convencional de los humanos. Lo que has de hacer es dejarnos la puerta libre. Ni mi madre ni yo tenemos nada que hacer aquí.

—¡Eso no puede ser! Tú... ni tú madre saldréis de aquí mientras el juez no lo disponga.

—¿Y quién eres tú, mamarracho, para impedirlo?

—Te digo que no saldrás. Sería acusado como encubridor de tu crimen y... ¡eso no!

—De mí... ¡crimen!... ¿Has dicho de mi crimen?

Pedro separóse de su madre. La indignación había llegado a su punto más álgido en el espíritu del joven obrero, que adelantó amenazador hacia el fámulo.

Este, dispuesto a huir, retrocedió algunos pasos, pero en aquel instante el funcionario judicial, acompañado por el médico de la casa, llegaba a la puerta de la estancia y la violenta escena hubo de ser interrumpida.

Reinó sobre todos el más absoluto silencio. El juez paseó una inquisitiva mirada sobre cuantos ocupaban el aposento y, por fin, llevado acaso a tal decisión por la nerviosa actitud en que Pedro se hallaba todavía, volvióse a los agentes que le acompañaban y ordenó, señalando al joven obrero:

—¡Detengan ustedes a este hombre!

—Le aseguro, señor juez—replicó Pedro—que soy inocente.

Entre tanto, los agentes disponíanse a esposar al presunto reo.

Carmen avanzó hacia el juez, hincó sus rodillas sobre la obscura alfombra del pavimento. Sus manos estaban enclavijadas hasta su lloroso rostro en actitud de suprema angustia.

—Por caridad, señor... ¡Mi hijo es inocente! Estoy enferma, he sufrido mucho. ¡Pedro es lo único que me queda en la vida!

—Lo siento, señora, pero mi deber está sobre todo género de consideraciones

—¡En nombre de Dios le juro que Pedro no es un asesino!

—Cálmese, señora. El sumario lo demostrará y entonces...

—¡El sumario! ¡La cárcel!... ¡El proceso!... ¡No! ¡No, Dios mío! ¡Me faltan fuerzas para sufrir tanto!...

Y Carmen hubo de ser amparada por los brazos de su hijo en el momento en que su cuerpo, vencido, amenazaba desplomarse.

—¡Cebemos pronto!—exclamó el funcionario.

Los agentes iban a cumplir la orden recibida cuando el médico, que había terminado de reconocer el cadáver, irguióse y, acercándose al funcionario judicial, expresó.

—Mi opinión es de que no vale la pena de prender a este muchacho.

—¿Qué dice usted?

—El señor duque de Albaida ha fallecido a consecuencia de una congestión cerebral.

—¿Tiene usted la seguridad absoluta?

—¡Completa!

—¿A pesar de no haber practicado la diligencia de autopsia?

—Se practicará por pura fórmula pero no es necesaria.

—Entonces...

—Creo que debe usted limitarse a levantar el cadáver, dejando en libertad a estos desdichados.

Pedro escuchó tales palabras y avanzó un paso para protestar airadamente, pero Carmen le detuvo por uno de los brazos.

—¡Algo es preciso sufrir, hijo mío! ¡Calla!... Esta gente es muy mala, y si protestas te llevarán a la cárcel. ¡No digas nada!

En esto el juez dirigióse a Pedro y exclamó:

—Si nada tiene que hacer en esta casa, puede marcharse.

—Vine por mi madre y no saldré de aquí sin llevármela.

El juez cambió con el médico una mirada y el galeno pronunció en voz baja:

—Creo que lo más acertado es que los deje marchar.

—Pero... ¿usted sabe?

—Naturalmente. Durante quince años he sido el médico de cabecera del señor duque y... respecto a esta mujer no ignoro nada de lo sucedido.

—¿Y?...

—Le aseguro que puede dejarla en libertad... Se trata de una historia vieja... Un capricho de los que en más de una ocasión pueden engendrar una tragedia...

—¡Ah! Vamos, es...

—¿Conoció usted al padre Amador?

—Le traté hasta el último día de su vida.

—Pues aquél sabía mucho de todo esto. Ya le contaré... pero más despacio, porque se trata de una historia muy larga. Por lo pronto déjelos en libertad...

Gran revuelo había causado en la quinta la repentina muerte de Gonzalo. De Madrid comenzaban a llegar deudos y amistades del prócer y lo que había sido residencia del llamado dolor, del sufrimiento resignado y heroico, llenóse de formularias lamentaciones y de velados comentarios.

Guiados por un viejo mayordomo, Carmen y Pedro salieron del edificio por una estrecha puerta casi ignorada.

Ya estaban en plena libertad, en campo abierto. Unidos a través de tantas lágrimas. Carmen apretaba las manos de su hijo y sonreía feliz, olvidando toda nueva inquietud, engañándose a sí misma para creer que nada había de turbar aquella felicidad tan grande y tan dolorosamente conseguida!

—¡Dios nos ayudó, hijo mío!

—Nos ayudó la justicia, madre. La verdad, que siempre acaba por imponerse.

—¡Si Dios no hubiese querido!

—Entonces es que antes se ha complacido en mortificarnos... ¿No es eso?

—Calla, Pedro, calla. ¡Descreído! ¡Mal cristiano!

—¡Ay, qué ganas tengo de que abra usted los ojos!

Y Carmen y su hijo acabaron la breve disputa, cambiando un beso, broche sentimental de toda una historia de abnegación, de infamia y de martirio.

Hubo una corta pausa y Carmen pronunció:

—Estoy rendida. Apenas si podré seguirte.

—Ya buscaremos un coche que nos lleve y, si no aquí están mis brazos. Porque yo puedo con usted. ¡Ya lo creo!

Y a tiempo que hablaba, Pedro intentó alzar a Carmen, sujetándola por la cintura.

—¡Quita loco! ¡Eso no puede ser!

—¡Porqué no hace falta!

—Pero si Madrid está muy lejos.

—¡Toma! ¡A usted la llevaría yo hasta el fin del mundo!

Súbitamente, Carmen quedó con las pupilas fijas en la carretera.

—Mira—exclamó—. Allí hay un coche parado.

—¡Será de esta gentuza!

—No. ¿No ves? Un hombre ha descendido del carruaje y se dirige a nosotros.

—Espere usted, que se acerque y que le veamos la cara, porque yo, francamente, ya no me fío ni de la camisa que llevo puesta.

II

OFRECIMIENTO GENEROSO

Poco tardó en llegar el que caminaba hacia nuestros protagonistas.

Pedro fué el primero en reconocerle.

—¡Toma!... Pues si es el viejo.

Inmediatamente Carmen dejó escapar un grito de sorpresa.

—¡Andrés! ¡Dios mío, quien había de pensarlo!

El anciano, que había descubierto a Pedro el doloroso secreto que encerraba la vida de Carmen, acercóse a ésta con las manos extendidas.

—¡Ya era hora, mujer! Vine para que sepas que todavía no se han concluido en el mundo los amigos.

—Pero... ¿tú y Pedro os conocíais?

—Yo le conocía por el aire, ¿comprendes?... Por el tipo, que es un retrato de su padre, de aquel pobre que tanto nos quiso a todos.

Carmen no pronunció una sola palabra, pero dos lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas.

Pedro, viniendo con su juvenud impulsiva aquel instante de inmenso dolor retrospectivo, exclamó :

—¡Bueno! ¡Acabemos! Mi madre está réndida y tenemos que llevarla a Madrid cuanto antes.

—¡“So” primo! ¿Pues no está el coche ahí para eso?

—Andando entonces... A vr si perdemos de vista esta maldita casa.

—Oye—exclamó Andrés, mientras caminaban y dirigiéndose a Pedro—, creo que ese bandido...

—Ha cerrado el pico para siempre.

—¿Pero tú?...

—Llegué tarde. ¡La muerte fué más lista que yo!

—¡Mejor! Así te has ahorrado de mancharte las manos con la sangre de un cobarde.

* * *

Trotaban ligeros los caballos, que arrastraban el vehículo. Carmen iba silenciosa. Toda su vida de renunciación y de angustia iba pasando ante su conciencia y, de vez en cuando, alzaba las pupilas y quedaba extasiada unos instantes mirando a Pedro, que dialogaba enérgicamente con Andrés. Este no le iba en zaga al mozo en disposición y energía.

—Pero... ¿es qué piensas meter a tu madre en aquella pocilga?

—¿Y qué he de hacer?

—“Amos”, anda... ¡Ni que estuvieras loco! Si tú no “tiés” allí más que cuatro cachivaches que no los quieren ni el rastro.

—¿Y usted qué sabe?

—¡Cuando yo te lo digo!... No ves tú que todo se murmura... Es claro que "pa" ti solo está bien, pero "pa" ella... ¡Vamos... que no!

—¡De acuerdo! Pero si no lo hago así...

—Pa eso está mi casa, "so" pasmao. No "tiés" más que trasladar los bártulos y, ¡en paz! Mi costilla está vieja, ¡ya lo sé!... ¡Como yo... y como tu madre! Pero verás qué bien se entienden. ¡Poco que se va a alegrar cuando la vea!... Digo... Carmen, si tú no tienes nada que decir.

—Qué voy a decir yo, Andrés. Agradeceros con todo mi corazón lo que podáis hacer por nosotros.

—Un rincón de casa y nada más, Ahora si tú... vamos, si es que tienes algo de ese canalla "pa" llevar otra vida...

—Nada quise admitirle nunca. El dinero de ese hombre me hubiera quedado las manos. Fui su prisionera, su esclava, ¡qué se yo!, por cobardía, porque de tanto sufrir, apenas si tenía fuerzas para oponerme.

—¡No se hable más de semejante cosa!—intervino Pedro, que había frunido las cejas en un gesto de eprofundo disgusto.

Carmen le tomó las manos.

—¿Qué tienes, Pedro? ¿Qué piensas, hijo?

—¡Nada! Ese hombre está muerto, y de todo lo "pasao"... ¡ni mentarlo!

—¡Así se habla!—exclamó Andrés—. ¡Me gusta este mozo porque, como a mí, le revientan las palabras inútiles!

Tras una pausa pronunció el joven:

—Iremos a su casa, puesto que usted nos la ofrece. Yo tengo unas pesetillas ahorradas... ¿Sabe usted?... ¡Muy poco! ¡Una miseria!... Lo que se puede ahorrar con un maldito jornal de tres pesetas...

—Oye, vas a callarte. Aquí no hablamos ni hablaremos nunca de dinero... Eso "pa" los ricos "pa" los... ¡bueno!... Mejor es callar, porque si no...

El vehículo había penetrado en Madrid y el que lo guiaba encaminó los caballos hacia la cabecera del rastro, y media hora más tarde, Carmen y su hijo atravesaban los umbrales de la pobre vivienda de su viejo amigo.

Sano regocijo de caminantes que ven triunfar la vida a través de horribles asechanzas; sonrisas suaves de quien halla un remanso de paz, un minuto de sosiego al final de una vida de sacrificio. Mutua complacencia, ruda generosidad por parte de Andrés, preguntas de irrefrenable curiosidad en labios de su compañera y el modesto yantar que, humeando está sobre la blanca mesa de pino, iluminada por la luz pequeña y vacilante del candil.

Pedro comía lentamente y hablaba poco, tan poco que apenas si pronunció cuatro palabras durante la comida. A los pocos minutos de terminar aquella, el mozo observó que a Carmen, contra su voluntad, se le iban cerrando los ojos.

—Madre... ¿Quiere usted descansar?

Antes de que Carmen pudiera responder, Andrés se anticipó a su deseo.

—La cama tienes lista... ¡Cuando quieras!

Y apoyada en los brazos de Pedro, la infeliz mujer penetró en el dormitorio y minutos más tarde dormía plácidamente.

Pedro salió de la estancia muy despacio, cuidando de que sus pasos no hicieran el más leve ruido.

Andrés le esperaba fuera. Entre las manos un poco temblorosas, sostenía un papel impreso y en su rostro, que alzó para mirar a Pedro, había una expresión de suprema contrariedad. Tan visible era su disgusto que Recio hubo de advertirlo.

—¿Qué sucede? ¿Qué dice ese papel?
 —Que tienes que incorporarte a filas esta misma noche.
 —Pero... ¿Cómo ha llegado ese papel aquí?
 —Muy sencillo. Como saben que ibas a comer a la taberna lo llevaron allí y el tabernero, a quien le hablé de mi viaje a Aranjuez, para buscar a tu madre, acaba de mandármelo. Ahora tú dirás.

Bélicos arrostos alborotaban la sangre del joven ebanista. El fantasma de la gloria mentía allá muy dentro de su espíritu auroras de triunfo. ¿Por qué y para qué se iba a Cuba?... No lo pensó, no podía pensarlo... Tras de aquella llamada que le obligaba a separarse de su madre estaba la bandera, aquella bandera roja y gualda de nuestros desastres y de nuestras claudicaciones.

—¡No!... ¡No quiero desertar! ¡Deseo seguir mi destino, Andrés!
 —Entonces...—inició el viejo obrero, dirigiéndose al dormitorio.

Pedro le detuvo.

—¿Dónde vas?

—¿No piensas despedirte de tu madre?

—¡Sí!... Pero no quiero que la despiertes... Podría matarla la emoción...

Recio tornó a penetrar en la alcoba; acercó sus labios al rostro pálido de Carmen y, queda, cautelosamente, besó la frente de la mujer infeliz. ¡Qué ganas le pasaron de apretarlos sobre la piel pálida y suave!... Pudo reprimir el deseo. Se irguió por fin, y, limpiándose dos lágrimas de un solo manotazo, salió resueltamente del aposento.

Estrechó las manos de Andrés sin despegar los labios y media hora más tarde penetraba en el cuartel.

III

EN LOS CAMPOS DE BATALLA

Pedro Recio verdaderamente, hacía honor a su apellido. Tres meses habían pasado desde su llegada a la isla. Destináronle a la guarnición de Matanzas y, a partir de su llegada, no hubo acción de guerra en la que no se distinguiera notablemente. Era de un valor frío, consciente; avazaba sin el más leve temor a las balas insurrectas y en las horas de tregua podía versele retraído, solo; de sus labios nunca salió un cantar ni en ellos nadie descubrió una sonrisa. Prefería hallarse junto a la cosa. Cuando podía lgorarlo sus pupilas extasiábanse sobre la inmensidad del mar. En aquella mirada iban sus recuerdos, sus dolores, sus presentimientos amargos.

Un oficial hubo de reprenderle cierto día, cuando ya Pedro Recio ostentaba los rojos galones de cabo sobre la bocamanga del uniforme.

—No debes exponerte de esa manera, muchacho. Siempre que se pueda evitar una bala...

—Yo creo, mi teniente, que los dos hemos venido a lo mismo.

—Está bien, pero...

—Las balas respetan a los que sabemos despreciarlas.

—Ojalá puedas siempre decir lo mismo.

Un día dieron orden de marcha.

Las tropas del comandante Cirujeda, a las que Pedro Recio pertenecía, avanzaron hacia Punta la Brava, donde debían encontrarse con la columna insurrecta mandada por Antonio Maceo.

Tres horas llevaban de camino las fuerzas españolas, cuando prodújose el choque violento con el enemigo. La guerra de emboscada diezmaaba las filas de nuestros soldados. Arreciaba el combate por momentos. Ni la superioridad del número ni la decisión de las tropas separatistas podían dominar el empuje abnegado y heroico de los soldados de España, que ofrecían el pecho.

Una voz anunció la desbandada de los insurrectos.

—¡Ha muerto Maceo!

Era cierto; la victoria había sido para España y el viejo general separatista había caído definitivamente.

Pedro avanzaba siempre junto al oficial de su sección, aquél que hubo de reprenderle y que admiraba sinceramente a su subordinado.

Súbitamente el oficial vaciló. Recio vió que palidecía intensamente y que una gran mancha de sangre iba inundándole el pecho. Detúvose para recibir en sus brazos al herido, que no pudo articular ni una sola palabra. Tenía los ojos muy abiertos y en sus pupilas vivía una expresión angustiosa.

—¡Mi teniente!... ¡Animo!... Yo le llevaré sobre mis hombros... ¡Vamos!

El oficial no respondió. Le había partido el corazón una bala insurrecta y el pesado cuerpo sin vida fué resbalando de los brazos de Pedro hasta desplomarse sobre la tierra húmeda y trágicamente roja de la manigua.

—¡Maldita sea!—exclamó Recio, mientras se arrodillaba junto al cadáver—. ¡Y luego dicen que Dios!...

Cuando alzó el rostro y recobrada la serenidad quiso buscar a los suyos, hallóse solo, desorientado. Le rodeaba la maleza. Las tropas habían desaparecido y tan sólo algunos lamentos de los que habían caído para siempre rompía el trágico silencio del campo.

Pedro recogió el fusil y, tras una mirada de conmiseración, abandonó el cadáver.

De pronto Recio vió brillar sobre su cabeza el acero curvo del yatagán homicida. Eran muchos los enemigos. El atezado rostro, en el que las pupilas de tigre rebrillaban como dos ascuas, asomaba bajo el tosco sombrero de palma adornado con la estrella separatista.

Apenas pudo nuestro héroe lanzar un grito de sorpresa. Segundos más tarde le habían derribado. Diversas y profundas heridas abrían su cuerpo. Perdió la noción de sí mismo y, con el rostro pegado a la tierra y los brazos extendidos en cruz quedó abandonado por los que habían creído matarle.

IV

CARTA DE ESPAÑA

Pedro Recio despertó en el hospital de sangre. Sorprendido vió su cama rodeada por numerosos compañeros de sacrificio. Vendado tenía el pecho y la cabeza. Una voz vino a situarle en la realidad del momento.

—Te has librado de milagro, muchacho. Doce puñaladas te han dado.

Recio cerró los ojos.

Como tremenda pesadilla y entre las sombras espesas de la noche vióse caminando a rastras sobre la tierra, desangrándose en aquel avance desesperado para escapar de la muerte. Un grito, un grito de angustia que atravesó los labios sanguinolentos y luego la inconsciencia...

Aquel grito le salvó. Los camilleros pudieron encontrarlo y otra vez

volvía a la vida, lejos de las balas, en la sala del hospital cubano, donde la muerte, no obstante, triunfaba en plena orgía de sacrificios.

Llegó la noche y el cartero penetró en la sala del hospital. Le recibió uno de los enfermeros de guardia.

—¿Por fin ha llegado correo de España?

—¡Por fin! Oye. Aquí traigo una carta para Pedro Recio... ¿No es éste aquél de la columna Cirujeda?

—El mismo. Lo tenemos aquí. Por cierto que tiene una fiebre de dos mil diablos y no creo que llegue al amanecer.

—Pues mira, la carta es de luto.

El enfermero tomó el cerrado sobre. Dióle algunas vueltas y luego acercóse a la cama de Recio. Posó una de sus manos sobre la frente del herido y la retiró inmediatamente.

—Está abrasándose. No sé cómo puede resistir.

—Entonces... esa carta.

—Ya me la quedaré yo; si vive se la daremos.

A poco rato el cartero salía de la sala y el enfermero de guardia, después de vacilar unos momentos, rasgaba la enlutada misiva, arrojándola después, con plena indiferencia, por una de las ventanas del vasto aposento.

—¡Bah!... Bastantes duelos tenemos aquí para aumentarlos. Además, este pobre me parece que ha liquidado ya sus cuentas con el mundo.

* * *

Brava y remenda lucha hubo de sostener Pedro Recio con la muerte. Sus días no estaban contados. Comenzaron a cicatrizar sus heridas. Ya estaba casi bien, tras algunos meses de incertidumbre y de pelea, pero la fiebre amarilla acechaba, hacía presa fácil en su debilitado organismo y pasaron dos años. En el hospital, aterido por el frío terrible, buscaba Pedro un rayo de sol en los amplios corredores, cuando supo el desastre naval de Santiago de Cuba. Finalizaba el mes de Julio de 1898.

Aquél era el último broche de dolor y de ignominia. Más tarde, el vergonzoso tratado de París. María Cristina había salvado su alma, pero España estaba deshecha, tan maltrecha y desgarrada como los cuerpos de aquellos héroes anónimos que, hambrientos, comidos de parásitos y abrasados por una sed terrible, habían quedado en la manigua para nunca más volver a la desdichada patria.

Comenzaron a llegar repatriados en tristes y dolorosas caravanas de vencidos y, por fin, un día, Pedro Recio, al desembarcar en el puerto de Santander, pisó tierra española.

En plena primavera tiritaba bajo el sucio traje de rayadillo y, horas más tarde, hacinado en un vagón de tercera, salía de la capital montañesa hacia el Madrid de todos sus amores.



CAPITULO XXIV

¡VIVA LA REPUBLICA!

I: CAMINO VIEJO.—II: EL COMLOT.—III: VIAJE INESPERADO.
IV: EL DOLOR DE SABER.

I

CAMINO VIEJO

—¡Pedro Recio!... ¡Eso es!... ¡Recio! ¡De bastante me sirvió el apellido!... Y era verdad. En su rostro había quedado el color terroso de la fiebre. Todo su organismo se resentía como si los años le hubieran destruído. Pedro era joven, apenas contaba treinta años y, sin embargo, caminaba despacio, encorvado y en sus pupilas había siempre una sombra de profunda tristeza.

Algunos viejos amigos y compañeros de su padre, le ayudaron cuando, desvalido y enfermo, pudo regresar a España.

No podía trabajar; le faltaban energías. Las herramientas del oficio escapábanse de sus manos siempre ardorosas y débiles.

Afortunadamente y gracias a valiosas influencias que, de haberlas conocido Pedro le hubiesen repugnado, cobró algunos alcances, la pensión de varias cruces conquistadas en los momentos trágicos y eternos y un día vióse con un montón reducido de pesetas, una miseria que, sin embargo, podía resolver un tanto la desdichada existencia del soldado.

Compró en la calle de Toledo una taberna. Estaba frontera a la reja, nuevamente florida, donde Carmen había pasado horas de angustiosa incertidumbre. Era la misma taberna donde Pedro hubo de vivir las primeras horas de su accidentada vida.

El nuevo dueño de la "tasca" ignoraba aquellos detalles. Tampoco tuvo quien pudiera revelárselos.

Cierto día, uno de los clientes le propuso:

—Debías casarte. Así tendrías él establecimiento mejor atendido.

—¿Casarme? ¡Bah!... ¡No vale la pena!

—Yo conozco a una mujer que podría convenirte.

—No insistas. Si se uniera a mí acabaría siendo una desdichada. Ade-

más no quiero crear un nuevo amor. Ya he sufrido bastante. Se fué aquella vieja para siempre y su recuerdo basta para llenar mi corazón y mi conciencia.

—¿Murió antes de que tú volvieras?

—Murió. Cuando sin poner apenas sostenirme llegué a la puerta de la casa; hube de llamar muchas veces para que me respondieran.

A punto de caer desvanecido escuché una voz. Me abrieron por fin. Penetré casi arrastrando en aquella pobre sala de donde un día salí vigoroso y aturdido. Era la gloria la que me arrastraba... ¡La gloria!... ¡Imbécil!... Entré en el dormitorio. Allí estaba la cama, pero sola, vacía. Mi madre había muerto hacía dos años. Andrés habíala seguido a los pocos meses.

—¿Y nadie te escribió la noticia?

—Me dijeron que sí, que habían escrito, pero... ¡ve tú a saber! Yo luchaba entonces con la muerte y la carta... ¡quién sabe a dónde iría a parar!

—Aquello pasó. Ya sabes el refrán: "El muerto al hoyo y..."
Recio alzó las pupilas. Había en ellas una expresión de fiera terrible, de amenaza absoluta. El que hablaba hubo de interrumpir el refrán:

—¡Gachó! ¡No lo tomas tú a pecho!

—¡Calla! Es mejor que no sigas hablando.

A partir de entonces la vida de nuestro héroe fué mansa, retirada. Olvidado tras el pequeño mostrador de la "tasca", apenas hablaba lo más indispensable para ser agradable a la clientela, que cada día era mucho más numerosa.

La vida tenía para nuestro protagonista un sentido de plácida resignación, que si no era la felicidad, porque no podía serlo, se le asemejaba bastante.

Cada mañana, al abrir su establecimiento, clavaba sus pupilas en la reja frontera, en los claveles reventones, rojos como la sangre, que se enredaban a los oscuros hierros y en más de una ocasión escuchó tras ellos una risa fresca de mujer.

—¡Demonio de chavala, y cómo le retoza en el cuerpo la alegría!

—¡Buenos días, señor Pedro!

—Buenos los tengas, muchacha. Esta mañana has madrugado poco.

—¡A ver! ¡Se fué mi novio tan tarde!

—¡Cuando riñas con él avisa!

—¡Ay qué gracia! ¡Pero si puede usted ser mi padre!

Y Recio recordaba sus tiempos de niño.

—¡Así sería mi madre! ¡Así sería de gnapa!... ¡Y luego!...

Y tras un gesto de resignada contrariedad, abandonaba el portal de la taberna y hundíase tras el mostrador.

II

EL COMLOT

La vida, sin embargo, todavía reservaba a Pedro Recio días de honda inquietud y de profundo entusiasmo patriótico.

Callado, sumido en su deliberado apartamiento, había visto desfilar ante sus ojos los hechos de más trascendencia que iban galonando en un ambiente de perpetuo desastre la senda de ruina y desprestigio nacional.

Días antes de la coronación de Alfonso XIII, advirtió en su taberna algún revuelo. Unos misteriosos personajes, a los que no conocía, dieron en celebrar allí ciertas reuniones, de las que Pedro, aunque a ellas le invitaron, no quiso participar.

Hubo una noche en que durante aquellos misteriosos conciliábulos, se propuso escuchar.

Apenas había espiado algunos instantes abrió violentamente la puerta del reservado y encaróse con los reunidos.

Todas las miradas quedaron presas en su figura. El que parecía presidir la reunión hubo de interrogarle:

—¿Qué pasa?... ¡No hemos llamado!

—Ya lo sé, pero he venido yo sin que me llamen.

—¿Por qué? ¿Acaso ocurre novedad?

Y Pedro advirtió que, al hacer la pregunta, el que había interrogado palideció densamente. Con lentitud respondió nuestro protagonista:

—Sucede que ya están ustedes marchándose de aquí sin perder un minuto.

—Es que...

—Es que el amo de mi casa soy yo y hago en ella lo que me conviene.

—Nosotros pagamos el gasto y usted no es quién para obligarnos.

Recio dejó escapar una sonrisa y, avanzando un paso, insistió:

—Salid de aquí y no hablemos más. A más la cobardías no me convencieron nunca ni ahora tampoco. Los hombres deben dar el pecho. Si ese fantoche estorba, echadlo. Para eso tenemos sangre en las venas, pero ¡eso!... lo que proyectáis... ¡eso no!

—Conste—le amenazaron—que si hablas...

—¡Vosotros sois los que habláis demasiado! ¡Ea!... ¡A la calle!

Pasados unos días Pedro recibió en su tienda la noticia.

Se había celebrado la boda del rey y al regresar la comitiva regia, de un balcón de la casa núm. 88 de la Calle Mayor, cayó un ramo de flores. Oculta entre ellas iba una bomba que al estallar produjo numerosas víctimas. Alfonso de Borbón, el monarca enclenque y enfermizo, alzóse en el carruaje. Estaba ileso y pronunció:

—¡No es nada! ¡No es nada!

En aquellos momentos el coronado fantoche erguía sobre un lago de sangre y le rodeaba un cinturón de cadáveres.

Pedro Recio recordó, al escuchar el trágico relato, las palabras de Carmen.

—¡Maldito sea el rey!

Y dejando que la emoción asomara a sus labios, repitió el anatema, mientras su mano derecha descargaba un soberbio puñetazo sobre el mostrador.

Algunos años más de reposo y olvido pasaron para nuestro protagonista. Llegó la fecha trágica: 1921. Arde la guerra en Africa. Otra vez el pueblo va a desangrarse, a morir en los campos africanos, a servir los intereses de una monarquía cruel y desenfadada, a sufrir la sed devoradora, la miseria espantosa de los campamentos.

La guerra se mercantiliza. Los rifeños disponen de armas, de municiones abundantes.

Ya no existe aquel grito de combate que inflamaba el corazón, que aturdió el pensamiento con ilusiones de bélicos y magníficos triunfos.

Los soldados marchan tristes, obligados por el empuje de las bayonetas que van conduciéndolos a la muerte.

—¡Es preciso ir! ¡Es preciso sacrificarse! ¡Es nuestro deber! ¡Es España!

Y tras la sombra de la bandera gualda y roja, que se alza para que bajo ella duerman los sacrificados un sueño eterno de vencidos, la corte triunfa, los millones de la lista civil salen de España a llenar las arcas extranjeras, las charangas sueñan locas en las plazas de toros y los ascensos militares y las fortunas improvisadas van creando un ambiente de inminente derroto nacional.

Pedro ha comenzado a discurrir. Una nueva vida parece que resurge de su pensamiento, de su indignación, cada día más absoluta.

La taberna de la calle de Toledo cuenta con un grupo de selectos clientes, selectos no por su indumentaria, sino por la fe de su protesta, por el patriotismo fervoroso de sus palabras.

—¿Qué hace este pueblo?— ruge Recio, golpeando la mesa donde discute, donde sus corridos cuarenta años adquieren una maravillosa energía de juventud.

—¿Qué ha de hacer?—le responden—. ¿Tú no sabes que las cárceles están llenas, que los castillos son testigos de crímenes horribles, que hay un proceso para cada palabra, un encarcelamiento para cada gesto?

—¿Y hemos de seguir así?

—El pueblo está desengañado, impotente para reaccionar. Le falta la sangre que derrama en los campos de Africa, el dinero que paga a sus reyes, a tod su corte de príncipes idiotas y de nobles egoístas y rastreros.

—No. ¡No es posible! Ha de llegar un día en que cese la sangría y el escándalo.

Y corren los meses. En Barcelona el Montjuich se alza fatídico, como el fantasma negro de todas las ignominias y de todos los crímenes.

Alfonso XIII asiste con frecuencia a cacerías espléndidas. Alterna con toreros de "postín" y sostiene a ramerías de tablado que alternan la caricia régia con el "couplet" escandaloso. Mercedes y destinos, condecoraciones y gabelas se venden al mejor postor. Los jesuitas ensanchan sus dominios. La sofana impera en la ciudad y en los campos y el terrorismo a sueldo, siembra el espanto y aniquila el poder progresivo. España se hunde en un descenso vertiginoso y terrible... Y sueñan dos nombres fatídicos: Monte Arruit, Annual.

—¡Los moros han llegado a las puertas de Melilla! ¡Los cadáveres de los soldados españoles han sido mutilados horrorosamente. Se han descubierto algunos con las manos cortadas y sujetos aún a la cruz del martirio. Otros carbonizados, retorcidos, quemados vivos, ofrecen el ascua apagada de sus cuerpos, sobre la tierra de maldición y de tormento.

—¡Ah!— replica Pedro—. Pero hay responsables. Existe un general que debe dar cuenta de sus actos. Existe una ley que...

—¡Bah! ¡No eres tu poco idiota! ¡Ya verás tú adónde van esas responsabilidades!

Y aquella misma noche en que a los oídos de Pedro Recio llegaron tan horrosas noticias, el pacífico tabernero, que había nacido bajo las garras de un despotismo bárbaro, comenzó a conspirar...

III

VIAJE INESPERADO

El dolor, la rabia de la impotencia, tantos años padecida, amenazaba provocar una reacción violentísima. La sangre de los sacrificados en Africa y en la península. Los desaparecidos, los encarcelados, reclamaban una venganza. El rey de España advirtió que la corona, tantas veces mancillada y vendida, amenazaba rodar de su frente para confundirse en el cieno de todas las rastrerías y de todos los crímenes donde se apoyaba, y un día surgió el golpe de Estado, el general erigido en dictador, el silencio y la mordaza de toda protesta.

El jefe de la derrumbada comandancia de Melilla ocupó la jefatura del cuarto militar del rey. Así liquidaba la responsabilidad que en pasadas horas de incertidumbre y de angustia había pesado sobre su cabeza. Los mártires de la guerra... allá quedaron deshechos, pulverizados sus huesos bajo el inclemente sol africano.

* * *

—¿Podemos contar contigo?

—¡Desde luego!

—¡Te advierto que te han nombrado presidente!

Pedro Recio clavó sus pupilas en el que le trajo la noticia, y luego de una breve pausa, exclamó:

—¡Mal empezamos!

—¿Por qué?

—Dejarse de cargos, de categorías, acción. Eso es lo que hace falta.

—Esta noche a las doce... ¡Ya sabes!

—¡No faltaré!

Y antes de que el enviado saliera de la taberna, Recio interrogó:

—¿Se han recibido cartas de París?

—¡Tres! El asunto marcha como sobre ruedas.

—¿Y el ejército?

El interrogado vaciló un instante y Recio, alarmado, interrogó de nuevo:

—¿Acaso?...

—No lo sé... Creo que no anda mal esa cuestión, pero...

—¡Gente de poca confianza quizás!

—No lo sé... no sé. Luego te lodirán. Hay tanto ambicioso...

—Lo que hace falta es que aquellos hombres...

—Lerroux es el amo del tinglado.

—Pero...

—Si no ha salido de Madrid... ¡Pues ahí está la gracia!

En París había muerto el dictador casi repentinamente.

El general de Africa, aquél que después del inmenso desastre volvió a Madrid para aceptar jerarquía y honores, formaba nuevo gobierno. Alfonso de Borbón agotaba las reservas.

El trono iba desmenuzándose al embate asolador de sus propios desprestigios.

Cierta noche Pedro Recio, cuando más entretenido hallábase sirviendo a sus clientes y pensando, mientras los servía, en la marcha progresiva de sus secretas actividades, hubo de recibir órdenes precisas. Con ellas vino un pliego cerrado y el encargo de que saliera de Madrid inmediatamente. A nadie debía comunicar la dirección de su repenino viaje. Algunos iniciados quisieron estrecharle a preguntas. Lo hicieron, pero inútilmente. Pedro respondía siempre con evasivas. Exigencias perentorias le hacían salir de la corte.

—Volveré pronto. Unos días nada más. Aquí, en la tienda, quedará el muchacho. Ya sabéis qué es listo y que sabe atender a la parroquia.

—Pero...

—Nada más.

—¿Y has de abandonarnos en estos momentos?

—¡Lo menos creéis vosotros que la República ha de venir pasado mañana! ¡Por desgracia tenemos rey para rato!

—¡Nos estás engañando!

—¡Bueno! ¡Ya veréis como luego tendréis que darme la razón!

Y en la misma noche de aquel día en que Pedro pronunció habilidosamente semejantes evasivas, nuestro protagonista salía de Madrid con aire de absoluta tranquilidad, con la indiferencia de un modesto y pacífico ciudadano, sin que nadie pudiera advertir en él al agente de enlace de aquella deseada República que ya empezaba a dibujarse en el corazón de muchísimos españoles.

Amanecía cuando llegó a Jaca.

Un poco desorientado comenzó a indagar indirectamente y, por fin, halló la verdadera dirección de sus pasos.

Un capitán joven, enérgico, parco en el lenguaje y en cuyo rostro había una expresión de voluntad indomable, le recibía media hora después.

—¿No le ha sucedido nada desagradable en el trayecto?

—Afortunadamente, no, señor.

—¿Está usted seguro de que nadie ha seguido sus pasos?

—Nadie: Creo haber cumplido la misión del mejor modo posible. Ahora a sus órdenes.

El capitán había roto el cerrado sobre y, en silencio, daba lectura al pliego de que Pedro Recio había sido portador.

Nuestro protagonista advirtió que el militar palideció súbitamente, luego pudo convencerse de que las pupilas del capitán animábanse con una extraña luz de triunfo, y de inquietud profunda. Vió que sus manos, emocionadas, temblaron un instante.

Por fin las miradas de los dos hombres se encontraron.

El militar ordenó breve, con expresión resuelta y casi imperiosa.

—Es preciso que salga usted de Jaca y que regrese a Madrid inmediatamente.

—Como usted mande.

—Cualquier circunstancia imprevista, un detalle insignificante...

—¡Basta! Dentro de una hora emprenderé el viaje de regreso.

—Entonces...

Pedro Recio, a pesar de sus palabras, no había retrocedido para retirarse. La pregunta saltaba exigente a sus labios, pero le faltaba decisión para formularla.

El pitán interrogó:

—¿Qué espera? ¿Qué más desea?

—Querría saber, mi capitán, si podemos tener esperanza.

Vaciló el militar un instante y, por fin, clavando en las pupilas de Pedro Recio las suyas luminosas, dominadoras, pronunció:

—¡Vaya usted tranquilo! ¡La República es nuestra!

Silenciosos, emocionados, estrecháronse las manos los dos hombres y, minutos más tarde, Pedro Recio saltaba a un vagón de ferrocarril, en viaje de regreso.

IV

EL DOLOR DE SABER

Apenas podía pasar nuestro héroe algunos minutos en completo reposo. Una extraña nerviosidad que no podía reprimir, hacía saltar con frecuencia del asiento del coche. Acercábase a las ventanillas cuyo cristal, empañado por el frío le privaba casi en absoluto de la visión exterior. Corría el mes de Diciembre de 1930. El frío dejábase sentir con bastante intensidad, pero Recio apenas si tal cosa le molestaba.

Había tenido la suerte de viajar sólo en todo el departamento y esto le permitía entregarse a su profunda inquietud sin necesidad de mayor disimulo.

Detúvose el tren en una pequeña estación y entonces Pedro abrió una de las portezuelas para comprar un periódico, para saciar aquel ansia de noticias que pudieran relacionarse con su máxima preocupación.

Apenas había comprado el diario se le acercó un desconocido.

—¿Es usted Pedro Recio?

—¡Sí! ¿Qué pasa?

—Esta carta.

Tomó el revolucionario la misiva y cuando alzó los ojos, el misterioso emisario había desaparecido.

Leyó rápidamente la comunicación inesperada.

—Es decir que me persiguen... Que se hallan sobre la pista y que me prenderán de un momento a otro. Es preciso evitarlo por mí y por ellos... ¡Por la República!

Vaciló unos segundos y antes de que el tren reanudara la marcha, saltó a la vía.

A pie cubrió la mitad del camino hasta Madrid. Ocultándose durante el día y caminando a través de la noche. Por fin pudo llegar a la capital española.

No faltó quien le ocultara. En el escondrijo pudo saber que, por orden gubernativa había sido cerrada su taberna y encarcelados buen número de sus clientes.

—¡Es preciso esperar! ¡Ya queda poco! Llegará la hora y entonces...

* * *

Y llegó, llegó aquella hora anticipándose trágicamente al proyecto de renovación nacional.

Era el día 12 de aquel diciembre que había de escribir en la historia de España una página de heroísmo, de infamia y de sangre.

La sublevada guarnición de Jaca comenzó al grito de, "¡Viva la República!". su marcha sobre Huesca. Falló el compromiso sagrado. Otros solda-

dos, en el camino de Ayerbe, empujados aún por aquella monarquía rastrera y agonizante, les recibieron a tiros. Dos días más tarde, los capitanes Galán y García Hernández eran fusilados en Huesca.

Pedro Recio recibió la noticia fatal en su escondrijo. Creyó volverse loco de dolor y de rabia, y aquella noche, en el breve plazo de algunas horas, envejeció como si sobre su espíritu y su cuerpo hubieran pasado veinte años más de lucha y de martirio.

Proseguía la trágica y ridícula agonía del último Borbón que, rabioso, en su derrota inevitable, fusilaba a mansalva, protegido por aquellas leyes que había sido el primero en manchar y prostituir.

A punto estuvo nuestro héroe de abandonar su prisión voluntaria.

—Hay que lanzarse a la calle. ¡Hay que derramar más sangre todavía, a ver si ese vampiro estalla por fin!

Pudieron contenerle.

—Es preciso esperar—le dijeron—. Otra ocasión, otro momento, nos dará el triunfo y así llegó el 14 de Abril de 1931. Amaneció la fecha gloriosa. El pueblo había impuesto la República en las urnas y Alfonso de Borbón escapaba cobardemente de Madrid y, al amanecer del siguiente día, llegaba a Cartagena, donde un crucero le cobijó para conducirlo lejos de España.

Pedro Recio abandonó por fin su escondite. Llegó al centro obrero difícilmente, abriéndose paso a puñetazo limpio. Hervía toda su sangre. Cuando logró penetrar en el modesto edificio, un grupo numeroso de compañeros alzaba la bande ra tricolor.

—¡Viva la República, señor Pedro!

—¡Viva!—exclamó Recio con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Venga usted con nosotros!

—No. Yo me quedo aquí. El entusiasmo es de vosotros y la reflexión mía.

—¡Porque dice usted eso!

—¿Estáis seguros de haberla conseguido?

—¡Toma, pues ya lo creo!

—Gritad entonces cuanto queráis. Ojalá que mañana... ¡Todavía existen curas en España, muchachos!...

Alguno giró el rostro.

—¿Qué dice?

Otro le replicó:

—El pobre señor Pedro ya está viejo. Dejadlo. A mí me parece que además está un poco tocado de la cabeza...

Minutos más tarde Pedro Recio quedó solo en el "Centro". Desde la ventana vió pasar los grupos cobijados bajo la bandera republicana.

Quiso gritar, manifestar su profundo entusiasmo y, sin embargo, sintió que una profunda tristeza embargaba su espíritu. De sus labios escapó una lamentación breve y triste:

—¡Pobre España!

FIN

LA NOVELLA INFRANZIOSA

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly a footer or additional bleed-through.

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

LA NOVELA INFANTIL

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- ROB-BOY, EL ESCOCES INVENCIBLE.—17 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORAZON DE LEON, EL REY AVENTURERO.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MONTBARTS, EL PIRATA JUSTICIERO.—29 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DICK TURPIN, EL AUDAZ ENMASCARADO.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM TYLER, EL REY DE LOS COW-BOYS.—21 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MANO DE HIERRO, EL ESPADACHIN INVENCIBLE.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BUFFALO BILL, EL EXTERMINADOR.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RUGGIERO, EL MISTERIOSO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KRAM, EL HIPNOTIZADOR.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KEN MAYNARD, EL COW-BOY INVENCIBLE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BARBARROJA, LA FIERA DEL MAR.—15 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SINMIEDO, EL DEMONIO DE LOS MARES.—50 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS DEMONIOS DE LA SELVA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JIM BOY, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DRACK, EL REY DE LOS PIRATAS.—28 cuad., a 10 cts. cuaderno.
COLECCION DETECTIVESCA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS DRAMAS MISTERIOSOS.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORTACABEZAS, EL EXPLORADOR INVENCIBLE.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DE NORTE A SUR.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL NAVARRO, EL EXTERMINADOR DE LA PRADERA.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM MIX, EL COW-BOY INVENCIBLE.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DIK, EL REY DE LA PRADERA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CORREO DE LYON, O UN INOCENTE GUILLOTINADO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DEL CAPITAN RAYO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS CINCO INVENCIBLES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SANSON, EL PIRATA.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PUÑO DE ACERO, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LA VIDA AVENTURERA.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MASCARA NEGRA, EL VENGADOR.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BANDIDOS CELEBRES DE TODO EL MUNDO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JOSE MARIA, EL REY DE SIERRA MORENA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL TESORO DE LA ISLA DE FUEGO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS POR MAR.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL ROY, "El cow-boy justiciero", contra "OJO DE AGUILA", "El chacal de la pradera".—12 cuadernos, a 10 cts. cuaderno.
LOS CAMARADAS DE SATANAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAFFLES, EL REY DE LOS LADRONES DE FRAC.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS CATACUMBAS DE LONDRES.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HENRY KRACK, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BLANCOS Y PIELS ROJAS.—8 cuad., a 15 cts. cuaderno.
EL DUQUE FANTASMA.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BILL BULL, EL MAS CELEBRE DETECTIVE DEL MUNDO.—8 cuad., a 30 cts. cuaderno.
CINEMATOGRAFO DE AVENTURAS.—8 cuad., a 20 cts. cuaderno.
EL CAPITAN LUCIFER.—6 cuad., a 20 cts. cuaderno.
EL AVENTURERO MILLONARIO.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA